de mi promesa de visitar á su madre, me había llevado á España un motivo personal, menos novelesco. Era en las postrimerías de la guerra civil. No sin peligros llegué á Vergara, y después de informarme en la posada del señorío de la Tronera, que distaba un cuarto de legua, me dirigí allá solo y á pié.

Pobre mansión era la de don Santiago Villalobos, cual me la había figurado. El viento silbaba lúgubremente en las desmanteladas torrecillas. Multitud de golondrinas revoloteaban entre las cornisas y las techumbres artesonadas; pero algunos andamios en diferentes sitios indicaban reparaciones interrumpidas. La soledad y el silencio me entristecieron hondamente.

Llamé á la puerta y vino á abrirme una mujer vestida de negro. Preguntéla por la señora madre de don Santiago, y me dijo:

—¡Ah! señor, hace seis meses que la señora murió, y yo aguardo cada día á su hijo.

—¡También su hijo ha muerto!

Entonces supe que seis meses antes de mi llegada la madre de don Santiago había recibido una suma considerable de dinero, sin que la acompañase carta alguna. Sin embargo, la buena mujer no dudó que sería su hijo el anónimo bienhechor: la emoción fué tan viva que la mató. Antes de morir dispuso que se empleara parte de aquella suma en restaurar aquella mansión para que fuese digna de su joven señor; y la desgraciada murió dichosa, puesto que murió creyendo en la existencia de su hijo, considerado y rico.

Indudablemente aquella suma cuantiosa fué enviada á la pobre madre por doña Luz, que la veneraba sin conocerla, y que no quiso amargar sus últimos días con la terrible noticia del asesinato de su hijo.

LOS MINEROS DE RAYAS

I

Extraño caso—Encuentro desagradable

HACE poco más de un siglo Guanajuato era ciudad de muy poca importancia. Antes del cambio repentino que se efectuó en ella por las explotaciones gigantescas de las minas de plata La Valenciana y Rayas, la industria minera mejicana concentraba su actividad en Tasco, Pachuca y Zacatecas. Se ignoró por mucho tiempo que las montañas que rodeaban á Guanajuato y en la misma vertiente sobre la cual se edificó, existiese la Veta-Madre el criadero argentífero más rico del globo.

A esa gran ventaja industrial une esa ciudad la de dominar las fértiles llanuras del Bajio, región de unas ochenta leguas de circuito. Es tal la fecundidad de esa tierra que le basta al labrador indio pasar ligeramente el arado por encima para ponerla en disposición de dar ricas cosechas.

En ninguna parte resaltan como en el Bajio las

CAPILLA ALFONSINA

opuestas costumbres del labrador y del minero. Humilde y sumiso, el agricultor indio se halla á merced de todo el mundo. Orgulloso é indomable el minero tiene la pretensión de imponerse. Grandes cualidades y grandes defectos distinguen en aquella tierra al personal obrero de las minas: entre las primeras descuellan el vigor, la sangre fría y la audacia; entre los defectos su tendencia á la indisciplina y á obrar á su capricho.

Después de un penoso é inútil viaje cuyas peripecias quedan relatadas en REMIGIO VÁZQUEZ, pensé en aprovechar mi estancia en Guanajuato para el conocimiento de las minas y de sus mineros.

Salí una mañana de la ciudad á caballo y solo, pero bien armado. Mi guía debía ser el primer transeunte que encontrase en el camino.

Al pasar por la Plaza Mayor llamó mi atención un objeto extraño. En la pared de una de las casas y bajo un tejadillo de algunas pulgadas de ancho ví que había una mano clavada. Me detuve algunos instantes para examinarla y cerciorarme de que no era de estuco, y me convencí de que era la mano de un hombre, musculosa y fuerte en otro tiempo, pero descolorida ahora y seca por el viento, el sol y la lluvia.

Debajo del tejadillo algunas velas atestiguaban que almas piadosas se habrían impresionado con tan extraña exhibición, que acaso perpetuaba el recuerdo algún drama sangriento. Después de buscar en vano en la pared alguna inscripción alusiva continué mi camino y dejé atrás la ciudad.

Durante el camino se me acercó un jinete. Cuando iba á interrogarle se anticipó él, saludándome afablemente y diciendo:

—Me parece, caballero, que es V. extranjero.

—¿En qué lo conoce V.?

—En lo que le llamaba á V. la atención aquella

mano seca. Para quien, como yo, busca un compañero de viaje, encontrarle á V. es una verdadera fortuna.

Dudaba si debía aceptar ó no la compañía de un hombre que se me presentaba con tal familiaridad, y si me convenía tomarle por guía.

Notó el desconocido mi vacilación y se apresuró á añadir con cierto orgullo:

—Como V. no me conoce, no extraño sus dudas. Me llamo Desiderio Fuentes, soy minero, y si en esta profesión hay dias en que la fortuna se muestra contraria, hay otros en que los duros se amontonan de tal modo en las manos, que no sabe uno cómo gastarlos.

Hoy me encuentro de buenas, y en estos casos acostumbro á buscar un compañero de genio alegre, que tome parte en mis placeres. Si falta ese compañero me dirijo al primer transeunte de trazas agradables que encuentro en mi camino, y declaro á V. que nunca he tenido que arrepentirme de mi elección.

Debía tranquilizarme por completo esa franca declaración; sin embargo al darle las gracias, dije que de ningún modo podía aceptar su cordial ofrecimiento; que había salido para visitar una de las minas de plata más próximas á Guanajuato, y que, á menos que me hiciese el favor de guiarme en mi exploración solo podría disfrutar de su compañía muy breve rato. Desiderio aceptó y metimos espuelas á nuestros caballos.

Por el camino me dijo que el día antes había cobrado un buen puñado de duros, por lo cual era justo que se entregase algunas horas á la distracción y al descanso, por consiguiente, que dejaba á mi elección designar la mina que habríamos de visitar.

—Pues vamos á la Valenciana, contesté.

—Esa no, porque tuve una disputa con uno de los empleados...

CAPILLA ALFONSINA
Biblioteca Universitaria

—Bueno ¿le parece á V. que vayamos á la de Cata?

—Ciertos disgustos de fecha reciente me hacen evitarla con el mayor cuidado...

—Pues V. dirá...

—Vamos á la de Rayas.

A mí me era igual: sin embargo, los *peros* que ponía á las otras mi nuevo conocido no me hacían maldita la gracia. Por lo visto era pendenciero y poco amigo de pagar sus deudas. Además, me había dicho con desparpajo:

—Mi primer impulso es siempre bueno, mas confieso que el segundo es detestable.

Llegamos al extremo de un barranco cuyos talúdes perpendiculares nos había ocultado el paisaje. Ante nosotros se extendía una dilatada llanura por la cual caminaban varias filas de mulas cargadas de mineral, que se dirigían hacia uno de los establecimientos metalúrgicos que en Méjico nombran *haciendas de platas*. Distinguíanse las chimeneas de los hornos coronadas de penachos de humo negro y de vapores de color aplomado. También se descubrían los patios sobre cuyas losas se colocan los panes de masa metálica el día antes de convertirlos en lingotes.

El ruído del martillo que rompía la piedra argentífera, las pisadas de las mulas y el chasquido de los látigos de los muleteros se mezclaban al ruído sordo de los saltos de agua que hacía mover las máquinas. Había detenido mi caballo para contemplar aquel cuadro animado cuando á pocos pasos de donde estábamos ví á dos hombres medio cubiertos por un hundimiento del terreno, y que arrastraban una mula muerta, por medio de cuerdas.

Llegados á un sitio en donde solo mi compañero y yo podíamos descubrirlos, uno de aquellos hombres se inclinó sobre el animal mirando á la vez de soslayo con desconfianza. Al vernos se sentó de repente

sobre la mula y su compañero desapareció enseguida detrás de unos matorrales.

—¡Hola, hola! dijo Fuentes, si no me engaño es mi amigo Planillas; pero ¿qué diablos hace allí?

Al oir el nombre de Planillas me extremecí y seguí á Fuentes, que iba á su encuentro, recordando las relaciones de aquel hombre con don Tomás Verduzco, el asesino de mi amigo Villalobos. Con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos Planillas parecía abrumado de pena. El ruído de nuestros pasos lo sacó de su distracción y nos miró con inquietud.

—¡Ah! señores, clamó, soy el hombre más desgraciado de Nueva España.

—Sin duda piensa V., le dije, en el joven á quien don Tomás asesinó hace dos días, y cuya sangre caerá sobre la cabeza de V., puesto que hubiese podido salvarle deteniendo el brazo de su amigo, de ese Verduzco que había recibido, según V. me dijo, dinero para cometer el crimen.

—¿Yo le he dicho á V. eso? Pues juro por la vida de mi madre que mentí: yo miento escandalosamente cuando estoy bebido, y bien sabe V., caballero, que aquel día bebí con exceso.

Preguntóle Fuentes por qué parecía tan abatido á nuestra llegada y por qué seguía sentado sobre la mula. Planillas respondió:

—Este animal es la causa de mi pesar; por salir de apuros me deshice de él para cederlo á la *hacienda de platas* que ven ustedes allá lejos, sin embargo, de lo mucho que le quería. El mismo día que vendí la mula me contraté para trabajar allí, y de este modo podía verla todos los días: pero el animalito ha muerto esta mañana y lo he arrastrado hasta aquí para entregarme á mi sentimiento libre de testigos.

Planillas volvió á apretarse la cabeza entre las manos, como quien no admite consuelo, y enseguida exclamó:

CAPILLA ALFONSINA
Biblioteca Universitaria

—¡Ah! caballero, no es esta la única desgracia que tengo que deplorar: ayer hubo una pelea reñidísima entre los mineros de Rayas y los de la Valenciana y yo no pude tomar parte en ella, siendo así que acabó con una lluvia de pesos que los de la última lanzaron sobre los de Rayas para demostrarles la superioridad de su mina. ¡Una lluvia de hermosos pesos de águila, y yo llegué ya muy tarde al campo de batalla!

Yo hubiera puesto en duda este exceso de arrogante prodigalidad de los mineros si Fuentes no me lo hubiera confirmado con orgullosa satisfacción.

De pronto advertimos ruído y movimiento en los matorrales y Planillas palideció. Enseguida vimos delante de nosotros un hombre pequeño y fornido. Su boca hacía esfuerzos para sonreir, pero su mirada siniestra y penetrante, como la de las aves de rapiña, desmentía su expresión placentera.

—Si no me han engañado mis oidos, dijo, se hablaba aquí de don Tomás Verduzco...

—Precisamente, respondí, yo le acusaba del asesinato de un joven á quien no conocía siquiera.

—¿Está V. bien seguro de lo que dice? clamó lanzándome siniestra mirada.

—Pregúnteselo V. á ese, repliqué, señalando á Planillas.

—No he dicho semejante cosa, dijo Florencio con desfachatez extraordinaria. Sin duda V. no conoce al respetable caballero Verduzco, cuando habla así delante de él.

Miré al que me anunciaban y al que por fin lograba encontrar, y al mismo tiempo ví ante mis ojos el cuerpo ensangrentado de don Santiago, su agonía y todo su bello porvenir cortado por el cuchillo del hombre que tenía delante.

—¡Ah! es V. don Tomás Verduzco!

Y un vértigo de indignación, sin darme cuenta de

lo que iba á hacer, monté una de mis pistolas. Aquel hombre se puso lívido, pues los mejicanos de la clase baja, que no pestañean siquiera á la amenaza de un cuchillo, tiemblan ante el cañón de una pistola. Fuentes se interpuso entre nosotros, diciéndome:

—¡Poco á poco, caballero! ¡Diantre! ¡Cómo se le pegan á V. las costumbres del país!

—Ese diablo de Planillas, dijo á su vez el amenazado con risa fingida, está siempre dispuesto á chancearse; pero la idea de presentarme como á don Tomás, es, á fé mía, una broma algo pesada. Por lo visto no quiere V. muy bien á ese señor Verduzco...

Al oir esto me pareció ridícula mi precipitación, y mi enojo se desvaneció como por encanto.

—No le conozco, dije, y no sé por qué ese hombre se ha encontrado en mi camino, pero mi seguridad exije que no tenga compasión de esa clase de asesinos cuando la casualidad los pone al alcance de mi mano.

El desconocido murmuró algunas palabras ininteligibles, y yo, considerando la ocasión propicia para deshacerme de mi nuevo conocido Fuentes, cuya compañía empezaba á serme molesta, saludé al grupo y metí espuelas al caballo. Pero no había contado con la ociosidad de Desiderio, y apenas había andado cien pasos le ví otra vez á mi lado.

—Quizás no hice bien impidiéndole á V. meter una bala en el cráneo de aquel bribón, pues por la mirada rencorosa que le ha dirigido á V. presumo que la primera puñalada que V. reciba se la descargará su mano.

—¿Lo cree V. así? respondí algo inquieto por tan desagradable pronóstico.

—Por vida mía, creo que he cedido harto aprisa á mi primer movimiento, murmuró Fuentes, que parecía reflexionar.

Y de repente exclamó:

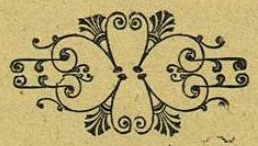
CAPILLA ALFONSINA
Biblioteca Universitaria

—¿Y si volviésemos allí? Le ayudaría á V., si le hiciese falta mi auxilio.

Estas palabras me revelaban que mi compañero sentía no haber aprovechado una ocasión de pendencia. Me negué secamente.

—¿No quiere V? Pues sea. Además, ¿qué importa una cuchillada más ó menos? Yo he recibido tres y sin embargo me hallo tan bien como antes.

No hice objeción alguna y puse término á sus confidencias preguntándole algunos pormenores acerca de la mina á que nos íbamos acercando.



II

Dentro de la mina

Era cerca de medio día cuando llegué con Desiderio á la abertura por la cual debíamos penetrar en la mina. Echamos pié á tierra, entregamos los caballos al cuidado de uno de los mineros y nos metimos allá. Desiderio llevaba una antorcha de resina.

Detúveme un instante en el umbral de este inmenso laboratorio del cual habían salido ya tantos millones. Mi guía, con su capa galoneada de oro, que la luz de su antorcha hacía brillar entre los pliegues del terciopelo, representaba con bastante exactitud el genio fastuoso de este reino subterráneo.

Descendímos durante largo rato por una pendiente formada de escalones. En medio de las tinieblas, que solo disipaba á medias la luz de las antorchas, dimos una porción de vueltas y revueltas, cambiando á cada instante de dirección y de temperatura, ya bajando, ya subiendo. Por fin descubrí á lo lejos algunas luces errantes, viendo aparecer después sombras gigantescas en las húmedas paredes de la bóveda. Continué

CAPILLA ALFONSINA